

# Petros Márkaris

## CUARENTENA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

PETROS MÁRKARIS  
CUARENTENA

Traducción del griego  
de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: Η τέχνη του τρόμου (*I techní tou tromou*)

1.ª edición: abril de 2022

© 2021, Petros Márkaris, y 2022, Diogenes Verlag AG Zurich. Reservados todos los derechos excepto para la lengua griega

Traducción: © Ersi Marina Samará Spiliotopulu, 2022  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-098-0  
Depósito legal: B. 4.164-2022  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Índice

Cuarentena . . . . .	11
«Me llamo Covid y mato» . . . . .	53
El arte del terror . . . . .	101
Centro de refugiados del coronavirus . . . . .	127
Los tres caballeros . . . . .	161
La taberna de Karaguiosis . . . . .	187
Epílogo. Jalki: el vacío y la bicicleta . . . . .	209

# Cuarentena

Todo empezó con una llamada telefónica de Stela:

—Señor Jaritos, lo siento pero no tengo buenas noticias.

—¿Qué pasa? —pregunté inquieto.

—Me he hecho la prueba del coronavirus y he dado positivo. Tendré que estar en cuarentena los próximos catorce días. —Hizo una pausa antes de añadir, con apuro—: Por desgracia, como usted es un contacto estrecho, también tendrá que confinarse.

«Pues qué bien», me dije. «En otros tiempos volvíamos de las vacaciones con regalos y *souvenirs*. Ahora volvemos con el coronavirus.»

A esta le siguió la llamada de Protección Civil:

—¿El comisario Jaritos?

—El mismo.

—Soy Devletis, de Protección Civil, señor comisario. ¿Ha hablado usted con su secretaria?

—Sí, me ha informado de que ha dado positivo

en el test del coronavirus y que yo también debo guardar cuarentena.

—Exacto. ¿Convive usted con familiares en su domicilio?

—Solo con mi esposa.

—Entonces, como medida de prevención, su esposa también deberá guardar cuarentena. Además, es obligatorio que ambos lleven mascarilla en el interior del domicilio.

Llamé inmediatamente al móvil de Adrianí. Por suerte, la pillé antes de que se fuera a casa de nuestra hija. Le conté las novedades mientras ella me escuchaba en silencio.

—Esto significa que no podré ver a Katerina mientras estemos en cuarentena —farfulló al final.

—Por desgracia, no podrás durante las dos próximas semanas. Si todo va bien.

De la tristeza, mi mujer pasó a la histeria:

—¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Quién cuidará de Lambros mientras Katerina está en el trabajo? —gritó—. Por el amor de Dios, ¿cómo es posible que tu secretaria sea tan irresponsable?

—Le pediré a Zisis que mande a Melpo mientras nosotros estemos en aislamiento. —Melpo es la mujer del refugio de los sintecho que cuidaba de Lambros cuando era un bebé—. No te preocupes, no ha habido contagios en el refugio y Zisis hace pruebas a los sintecho todas las semanas. ¿Llamas tú a Katerina o lo hago yo?

—Tú llama a Zisis y yo me encargo de hablar con Katerina, tenemos que organizarnos.

Primero tocó informar a mis colaboradores, y luego llegó el turno de la llamada a Zisis, que me escuchó sin interrumpirme.

—¿Me creerás si te digo que estaba preocupado desde el principio por si te pasaba algo así? —comentó pesaroso cuando terminé—. Espero que todo salga bien. Enviaré a Melpo enseguida, dile a Adrianí que no se preocupe. Aquí, en el refugio, estamos todos libres de virus y nos hacemos la prueba periódicamente.

—Ya se lo he dicho.

La sucesión de llamadas y conversaciones telefónicas aún no me había dejado tiempo para asimilar el peligro. El miedo me atenazó en cuanto subí al Seat.

*cuarentena* 1. f. Periodo de tiempo de 40 días, meses o años. 2. f. Aislamiento preventivo a que se somete por un periodo de tiempo por razones sanitarias a personas, animales o cosas. 3. f. Señal de código internacional que se manda a los barcos cuando zarpan sin la autorización pertinente de libre circulación.

Como siempre, el diccionario de Dimitrakos me abre los ojos y me ayuda a comprender mi situación. En mi caso, al menos, la cuarentena durará catorce



días y no cuarenta, aunque incluso estas dos semanas me dan miedo.

Desde el día en que nos casamos hasta hoy, la convivencia con Adrianí se ha circunscrito siempre a la noche y el fin de semana. El nacimiento de nuestro nieto nos cambió la vida y limitó todavía más las horas que pasamos en casa. Nuestras veladas transcurrían en casa de Katerina, con Fanis, nuestro yerno, y, sobre todo, con el pequeño Lambros hasta la hora de ir a la cama.

Ya el primer día de nuestro aislamiento domiciliario me di cuenta de que yo era un extraño en mi propia casa. En el preciso instante en que entraba en la sala de estar para ver la tele por las mañanas, Adrianí llegaba corriendo para echarme.

—¡No, ahora no puedes estar aquí! Tengo que barrer y quitar el polvo. Ya vendrás luego.

Cuando ella estaba en la cocina y me disponía a acompañarla, por si podía cruzar dos palabras con alguien, mi mujer me paraba en seco en la puerta.

—No quiero a nadie agobiándome mientras cocino. Y ponte la mascarilla, por favor. Fue a ti al que le dijeron que teníamos que llevar mascarilla dentro de casa.

La nostalgia hizo la convivencia aún más difícil. Adrianí echaba de menos su día a día junto a nuestro nieto y yo echaba de menos mi vida en Jefatura. El síndrome de abstinencia nos crispaba los nervios y

avivaba conflictos. Yo empecé a fantasear con planes de fuga. Quería romper el aislamiento y salir a la calle.

Finalmente, al tercer día encontramos un método de coexistencia. Yo me encerré en el dormitorio, como aquellos estudiantes de antaño que alquilaban una habitación en casa ajena. Adrianí se quedó con el resto del piso, como las propietarias que subalquilaban dicha habitación para sufragar el alquiler y los gastos corrientes.

Ahora, en cuanto terminamos de tomar el café de la mañana, como siempre habíamos hecho, voy al dormitorio y me tumbo en la cama con el diccionario de Dimitrakos pegado al pecho.

*aislamiento* 1. m. Acción y efecto de aislar, de separar algo de su conjunto: aislamiento de los presos, de los enfermos con afecciones contagiosas. 2. m. Retraimiento voluntario; soledad; separación de los demás; falta de comunicación con otras personas; clausura.

Ambas acepciones del término me resultan en parte familiares. De la primera, conozco muy bien el aislamiento de los presos porque es parte de mi trabajo, aunque nosotros aislamos a sospechosos y no a presos condenados. De la segunda acepción destacaría el retraimiento voluntario, a pesar de que, en mi caso, me ha sido impuesto, y también la falta de comunicación con Adrianí, para evitar discusiones.

Dejo el Dimitrakos encima de la cama y voy a la

cocina, a ver si ha sobrado algo de café. El cazo sigue medio lleno, pero Adrianí no está. La encuentro en la sala de estar y me quedo anonadado. Está sentada en un sillón, haciendo punto.

—¿Estás haciendo punto? —pregunto, porque no puedo creer lo que ven mis ojos.

—Ya lo ves.

—Pero si hace años que no coges las agujas... ¿Todavía recuerdas cómo se hace?

—Esto no se olvida.

—¿Y qué estás tejiendo?

Por primera vez en cuatro días mi mujer esboza una sonrisa de felicidad.

—Un jersey para mi nieto. Ayer, para no volverme loca, me puse a ordenar cajones y encontré tres madejas de lana. En cuanto las vi, me vino la idea de tejer algo para él.

Es la primera vez desde que empezó la cuarentena que la veo contenta y sonriente. Esto me da valor para sentarme frente a ella con la taza de café en la mano. Adrianí no se opone.

—Haciendo punto y tocando la lana tengo la sensación de estar abrazándole, ¿sabes? —confiesa con ternura—. Rezo cada día para que termine la cuarentena sin más problemas y pueda llevarle el jersey. —Remata sus palabras con una nueva sonrisa.

Su cambio de actitud me da ánimos. Voy al dormitorio y vuelvo con el diccionario de Dimitrakos.

—¿Te importa si me siento contigo? —pregunto.

—¿Estás de broma? ¿Por qué me iba a importar? Hasta puedes quitarte la mascarilla.

—¿No me has dicho que debo llevarla dentro de casa?

—Sí, pero Fanis me ha explicado que no es necesario si guardamos la distancia. Es médico, sabe de lo que habla.

Me quito la mascarilla y me siento frente a ella, aliviado. «Por fin he salido de la prisión de mi dormitorio», pienso. Adrianí interrumpe su tarea, me mira y se echa a reír.

—¿Por qué te ríes? —me extraño.

—Porque nos parecemos a nuestros padres. El hombre lee y la mujer hace calceta. Solo que aquellos hombres leían el periódico. Tú lees un diccionario.

Es nuestro primer día de convivencia pacífica en condiciones de aislamiento. Ya hemos acabado de cenar y estamos viendo una película. La cuarentena nos ha vuelto cinéfilos. Dan una vieja comedia con cómicos conocidos, de aquellas que te suben la moral aunque estés deprimido.

No han pasado ni diez minutos cuando suena mi móvil. La llamada es de Dermitzakis. Cuando te llaman del trabajo a estas horas, puedes estar seguro de que no es nada bueno.

—Señor comisario, perdone que le moleste, pero ha habido un asesinato.

Se me escapa un suspiro desde lo más profundo de mi ser.

—¿Sabemos quién es la víctima?

—No solo nosotros, sino toda Grecia. Han matado a Jari Velaku, la presentadora del telediario.

«Un gran milagro dura tres días», decía mi madre. El mío ha durado algo menos de doce horas. En cuanto ha amainado la tormenta en casa, ha llegado el bofetón de Jefatura.

—¿Cómo la han matado?

—Alguien le ha disparado cuando bajaba del coche delante de su casa. Vivía en la calle Vasiliú, en Filozei. No se descarta que el asesino fuera también en coche. Algunos vecinos del bloque han oído el ruido de un motor que aceleraba justo después de los disparos.

—¿Quién está contigo ahora?

—Askalidis y Dervísoglu. También ha llegado Dimitríu con el equipo de la policía científica. Estamos esperando al forense.

—Quiero que me envíes una foto del escenario del crimen.

—¿No tiene FaceTime? —me pregunta Dermitzakis.

—FaceTime... ¿Qué demonios es eso? —me sorprendo.

—¿Qué dices? ¿No conoces FaceTime? —suelta Adrianí—. ¿En qué mundo vives, hombre de Dios? ¡Dame el móvil! —Me arranca el teléfono de la mano y pulsa algunas teclas—. Aquí tienes —dice, y me devuelve el teléfono.

Veo en la pantalla la jeta de Dermitzakis.

—Vale, ¿ya puede verme? —me pregunta él.

—Sí, sí, te veo.

Se hace a un lado y aparece el coche que está detrás de él. La puerta del conductor está abierta. Velaku está tendida de bruces en el asfalto. Hay una mancha de sangre junto a su cabeza.

—¿Le han disparado en la cabeza? —pregunto.

—Le han descerrajado una bala en la frente y dos cerca del corazón. La muerte ha sido instantánea. Los inquilinos que han bajado corriendo la han encontrado muerta.

—Quiero hablar con Stavrópulos en cuanto termine de examinar a la víctima. Y vosotros id por los pisos para recoger los primeros testimonios. Estaré pendiente del móvil. Quiero que me mantengáis informado en todo momento.

—¿A quién han matado? —pregunta Adrianí cuando cuelgo.

—A Velaku, la presentadora de las noticias de la tele.

—¿En serio? ¡Acabamos de verla en el noticiario!

—La han matado al llegar a su casa.

Adrianí se santigua y alza los ojos al techo.

Lo que nos faltaba... No solo tengo que encargarme de otro asesinato mientras estoy en aislamiento, sino que encima a la víctima la conoce el país entero.

—Y, por cierto, ¿tú cómo sabes eso de Face-No-sé-qué? —pregunto a mi mujer, sorprendido.

—Me lo enseñó Katerina para poder ver a Lambros. No es nada complicado. Déjame tu móvil.

Vuelvo a dárselo y me explica qué teclas tengo que pulsar para ver la imagen.

—Llámame ahora y hacemos la prueba.

La obedezco y enseguida veo su cara mirándome.

—Bien, lo has conseguido —me dice—. Aunque te sugiero que anotes en algún lugar a qué teclas tienes que darle, porque pronto te olvidarás y no sabrás cómo hacerlo.

Encuentro en la cocina el cuaderno donde Adrianí hace las listas de la compra y apunto en una página la sucesión de teclas para entrar en FaceTime. Mi mujer me da las buenas noches mientras yo me preparo para una larga noche.

Un asesinato en plena cuarentena, y, para más inri, de un personaje famoso; es lo peor que podría pasarme. La única manera de que avance la investigación sería librándome del confinamiento domiciliario, pero esto me parece altamente improbable. La solución alternativa sería pedirle al subcomandante que supervisase los interrogatorios y se mantenga en contacto per-

manente conmigo. Llego a la conclusión de que esta opción es la más realista.

El timbre de mi móvil interrumpe mis pensamientos.

—Un momento, comisario, que le paso con el señor Stavrópulos —me anuncia Dermitzakis.

—Buenas noches. Espero que todo vaya bien —dice Stavrópulos a modo de introducción.

—Yo también lo espero, aunque ahora, con el asesinato de Velaku, la situación se complica todavía más. Pero dime primero qué has podido averiguar.

—Le dispararon tres veces, como ya te han debido de informar. La bala que le dio en la frente y la que impactó en el corazón fueron las que le provocaron la muerte. La tercera bala le alcanzó el hombro, probablemente mientras caía. Tengo la impresión de que el asesino no disparó al pasar con el coche. Debíó de haber bajado y disparar casi a quemarropa. Lo demás nos lo dirá la autopsia.

—¿Habéis sacado algo en claro de los vecinos? —pregunto a Dermitzakis.

—Velaku se divorció hace algunos años. Vivía con su madre y con sus dos hijos. Por suerte, los niños estaban durmiendo y no se enteraron de nada. La madre está llorando desconsolada. Ha resultado imposible hablar con ella, así que lo hemos dejado para mañana. Según nos han contado los vecinos, el exmarido vive en el extranjero. Por lo demás, la relación de la



víctima con el resto de los inquilinos era puramente formal. No mantenía amistad con ninguno de ellos.

El último en la fila es Dimitríu, de la policía científica.

—No creo que el asesino la hubiera estado siguiendo a lo largo de todo el trayecto de vuelta a casa —me dice—. Velaku se habría dado cuenta. Lo más probable es que supiera ya a qué hora solía regresar del trabajo y la siguiera solo en el último tramo del recorrido. Estamos registrando la calzada en busca de huellas o rodadas, pero el asfalto está seco y no creo que encontremos nada.

Aquí concluyen las primeras pesquisas y me voy a la cama. Como precaución, dejo el móvil encendido, por si surge alguna novedad a lo largo de la noche. Por suerte, nadie llama y puedo dormir sin que me molesten.

Después de mi café matutino llamo por teléfono al subcomandante. Le explico la situación y le cuento que se trata del asesinato de una presentadora muy famosa de la televisión.

—No me gustaría dejar la investigación exclusivamente en manos del departamento mientras yo me encuentro enjaulado y pendiente de recibir sus informes. Tengo plena confianza en mis hombres, subcomandante, pero, si algo se tuerce, ellos serán los primeros en sufrir las consecuencias. Por eso quería proponerle que

usted dirija directamente el caso y, cuando lo considere oportuno, se ponga en contacto conmigo para que lo hablemos.

—Sí, pero yo no estoy en Jefatura continuamente a su lado —es la primera reacción de mi superior—. Además, los cuerpos de seguridad del Estado no siguen el mismo protocolo, señor comisario —añade—. Yo estuve en el Grupo Operativo de Respuesta y en la Dirección General de Extranjería. Los delitos contra la vida son territorio desconocido para mí. —Vuelve a guardar silencio, pero poco después agrega—: Le propongo otra solución.

—Le escucho.

—Instalamos en su domicilio un ordenador con sistema de teleconferencias y lo conectamos con el sistema del departamento. De este modo, usted podría comunicarse con sus colaboradores y reunirse con ellos en cualquier momento. Incluso podría participar en los interrogatorios. ¿Qué le parece mi idea?

La idea es muy buena, pero hace que me tiemblen las piernas. Los ordenadores y las teleconferencias se me dan igual de bien que la natación a los habitantes del Sáhara. Por otro lado, si eres subdirector de seguridad no es fácil rechazar la propuesta de tu superior con la excusa de ser un negado.

Colgamos el teléfono, el subcomandante, contento de haber encontrado una solución, y yo, angustiado por si meto la pata.

Intento hacerme a la idea de que pasaré los próximos días delante de la pantalla de un ordenador por la que desfilarán caras y más caras. Aunque no es esto lo que me asusta, sino mi ignorancia de todo lo relacionado con la tecnología: cómo me conectaré y cuántas veces cometeré errores que interrumpirán la conexión.

Menos mal que llega una llamada de Dermitzakis para sacarme del atolladero.

—Señor comisario, estamos en el canal de televisión con el señor Llakakis, el director del telediario. Nos ha facilitado algunos datos interesantes y me gustaría que usted los escuchara.

—Buenos días, señor comisario. Le he contado a su colega que Jari había hecho muchos enemigos ahora, con la pandemia.

—¿Qué tipo de enemigos? ¿Periodistas de otros canales, médicos, políticos...?

—Ciudadanos con nombres y apellidos que o bien no respetaban las medidas de prevención, o bien se saltaban directamente la cuarentena. Cada vez que nos llegaba una información de este tipo, Jari la convertía en tema destacado. Tenía enemigos entre los políticos y los empresarios, pero también entre los artistas y los futbolistas. Todo el mundo. Ella nos había convencido de que, cuando los ciudadanos eminentes no cumplen con las medidas anticovid, dan mal ejemplo a los ciudadanos de a pie. Por eso siempre buscaba la forma

de exponerlos. Claro que debo reconocer que las audiencias subían como la espuma con estas noticias y todos buscábamos nuevos casos. Pero Jari era la cara pública del canal y las iras se dirigían principalmente contra ella.

Ahora que lo dice Llakakis, recuerdo que me había llamado la atención cómo día sí y día no estallaba un nuevo escándalo en el noticiario. Por lo tanto, no podemos descartar que algún perjudicado por las revelaciones de Velaku se la tuviera jurada.

—¿No tendrá usted un listado de las personas que han sido denunciadas a través del canal? —le pregunto.

Sigue un silencio.

—Lo tenemos, aunque debo rogarle que lo utilice con extrema discreción —me contesta.

—No se preocupe. La policía no suele revelar sus fuentes de información. Además, no vamos a interrogarles a todos.

—Muy bien, se lo entregaré a sus colaboradores.

Le doy las gracias y vuelvo a hablar con Dermitzakis.

—Llámame cuando estéis en Jefatura para trazar una línea de actuación, una vez que hayáis visto el listado que os entregará Llakakis.

Colgamos el teléfono y me voy a la cocina en busca de mi segundo café y para informar a Adrianí. Café hay, pero mi mujer se ha mudado a la sala de estar.